

LA FILOSOFIA EN SU VIGILIA HUMANA

por *Ricardo Tudela*

No soy filósofo pero tengo mi filosofía. Esta rubricación de mi ser pensante, filosofante, me coloca en amplios territorios de mi existencia. En todo momento viví en absorción de la condición humana. Quiero decir, si es que no se entiende de otro modo, que viví, accioné, sobrellevé sufrimientos, experimenté éxtasis y sin duda sentí en mis úlceras íntimas todas las rupturas y las crisis de nuestra época convulsiva, porque mi amor por los demás, por el hombre, es la mayor determinante de mi psiquismo y mis pasiones humanas. En alguna forma lo que trabaja constantemente en mí, lo que realmente me da conciencia de sentirme vivo y creador sobre la tierra, es ese fervor luminoso por la existencia y el destino comprometido de los hombres. Tal condensación de fuerzas despiertas es amor que anhela transformar la vida de todos; es conciencia revolucionaria que ha deescubierto que el amor a los demás, cuando no proviene de auténticas aproximaciones y realizaciones de justicia, resulta a la postre una palabra vana o, en el mejor de los casos, una desvertebración inconsciente del verdadero amor actuante y liberador.

Es posible verificar que en mis ensayos he empleado con frecuencia dos vocablos muy míos: fertilizante, vivificante. Tienen los mismos orígenes pasionales y psicológicos de los términos génesis, raíz, germinación, fructificación, madurez o lucidez. Constituyen tales palabras, con otras que se asoman briosamente en mis escritos, el registro y el vocabulario de un escritor cuyo dramático desasosiego moral e intelectual casi no conoce fronteras. En verdad, no obstante mi apariencia mesurada, soy un alma cávida, una conciencia que se desborda en cuanto hechos insolasya-

bles e irreversibles clavan sus saetas en lo más sensitivo y hambriento de mi temperamento.

Pues bien, mi pensamiento filosófico —o lírico-filosófico, para mejor autocomprenderme— tiene necesidad ahora de establecer una rica yuxtaposición de los dos participios activos arriba mencionados. Así, me es necesario decir para mis gobiernos filosóficos: *Fertilizante-vivificante*. Responde ese acoplamiento idiomático a las mismas necesidades de las que salieron escritura de entrañas, escritor visceral, artesanía del sentimiento, “razón poética” tal vez algo pariente de la razón intuitiva de Bergson, de la “razón vital” de Ortega y Gasset, de tantos vocablos y acepciones del jesuita Teilhard de Chardin, de esas marchas y contramarchas paradójales de “la actualidad” de Nietzsche o del trágico sople lírico-metafísico de Unamuno. No hay comparaciones con esas eminencias, simplemente acercamientos intuitivos nutritivos. Pero en mí siempre se reafirma algo para redescubrir al ser que se me pierde, a la vida que se desparrama por abundancia de savias vitales. Un “sentir” en toda hora la vida que se inmiscuye fecundamente en el intelecto; el dejarse poseer por las correntadas existenciales, como acontece en este momento, porque lo que muere por dentro quiere realidad concreta y viva, inmediata, y esa realidad, *muy poco intelectual*, fuertemente pasional, sale de mis lenguajes henchida de sangre y hambrienta de comunicación humana.

Me parece que quien se angustia en sí mismo por una ardiente expectación de algo superior a sí mismo, desciende sin saberlo a las oscuras zonas de la subconciencia. Quiere estructurarse, realizarse, pero no solamente por el “Sí-Mismo”, excluyente del mundo, sino por percibir que su mayor riqueza anímica emerge de su inspirada capacidad para lograr consubstanciación creadora y rehumanizante con los otros.

Esta forma de pensamiento filosofante será siempre existencial, riquísima de levaduras revolucionarias. Me apoyo, para testificarlo, en un párrafo del hermoso y fundamental libro de Karl Jaspers: “NIETZSCHE”. Helo aquí.

“El hecho de que el origen del conocimiento filosófico no se halle en la reflexión sobre un mero objeto o en la investigación de algo objetivo, sino en la identificación del pensar con la vida

—de tal modo que el pensamiento surge de una conmoción del hombre entero— constituye, para la autoconciencia de Nietzsche, el carácter peculiar de su verdad. «Siempre, dice, he escrito mis obras con el cuerpo todo y con toda mi vida». «Las verdades son, para mí, verdades sangrientas». «Sólo hablo de cosas que he vivido, y no expongo procesos meramente intelectuales...».

Mi filosofía, la que en derecho vital puedo llamar *mi filosofía*, tiene sus orígenes en ese fermentario entrañablemente comunicado con la vida viviente que me pertenece. Hay cerebros hermosamente dotados que tienen una especie de fruición lúdica de su conciencia filosofante. En mi alma acontecen muchos hechos, agradables y desagradables; vivo una existencia a contrapelo de la que realmente pudiera corresponderme por la calidad intrínseca de mis creaciones. Este rincón montañoso, admirablemente dotado por la naturaleza y rehermoseado y enriquecido por el hombre, no ha logrado crear los recursos y elementos ambientales que permitan a un espíritu lúcido y superiormente inflamado vivir los grandes valores de la cultura y el espíritu. Hay pobreza crónica para el creador de conciencia inconformista e independiente; y no sólo pobreza, sino relegamiento, incompreensión e injusticia. Todo tiene sus leyes morales, metafísicas y sociales. Así, de esa misma discrepancia con su medio, de esa noble belicosidad del pensamiento con lo innoble y lo injusto, nacen insubstituibles vivencias, percepciones e intuiciones que forman luego la dinámica creadora de la conciencia audazmente filosófica. Es ésta la compensación evolutiva que nutre y eleva.

Sin duda, filosofar es discrepar, es colocarse enfrente de lo vetusto, carcomido y alienado. Otros filósofos, sin sensibilidad social, o con demasiada astucia para sacarle el cuerpo a las dificultades compulsivas y peligrosas, se embarcan en su nave conformista y a bordo de ella hablan sutilmente de la problemática del ser, de las generosas construcciones ontológicas del “ser en cuanto ser”, llenando de humo fragante el pensamiento de sus adeptos.

Nunca podré dejar que entre en mí, aunque pueda admirarlos, la apaciguante y soslayante filosofía de esos filósofos. Si los tengo, los dejo en sus áureas hornacinas de consagrados. Me voy a la calle, trepo por las montañas, miro con el corazón ávido a las bestias de Dios y las hierbas de que se alimentan, me cubro de

pájaros concretos e ideales, de cielos de anchísima y pura luminosidad, y después, ya en casa, organizo mi cosmos irreductible, henchido de intuiciones evolutivas, bien atormentado por mi hambre y mi sed de absoluto.

Soy pensador del mundo y de los hombres que van por todos los rincones de la patria o nuestra América. Combato con todos ellos, me comprometo, corro riesgos, me desparramo como un río de terribles raudales, y finalmente construyo mis salmos y mis himnos en glorificación de la vida y del nuevo destino de todos los seres.

Si la filosofía no es capaz de tomar con mano ardiente la deshumanización del mundo, denunciar las mentiras mundiales del sistema que nos rige y decirles bien claro a las masas y a los pueblos que el nuevo destino es revolucionario y no hay más caminos que los que construya la Revolución, es mejor que clause sus cátedras, que queme sus tratados y que se ponga a llorar sobre todos los muros de las lamentaciones.

¡Vida, más vida, siempre vida, es la suprema consigna de una filosofía verdaderamente preocupada del hombre! Hay que pensar para cambiar radicalmente; y tal pensamiento debe comenzar por poner la conciencia en el filo ardoroso de todos los cambios. ¡Si acontece así, si así osamos para crear almas y Pueblos nuevos, oiremos el maravilloso tañido de todas las campanas que llaman a hombres y mujeres a su definitiva liberación!

Se me ha criticado con frecuencia —en crónicas críticas y en círculos literarios y universitarios— que mi filosofía adolece del grave defecto de desplegarse siempre en primera persona. Casi prevalece en mi filosofar un “yo devorante” en lugar del clásico “nos” pluralizante.

Confieso tranquilamente que no me asusta en lo más mínimo este sesgo de mi pensamiento filosófico. Por lo pronto porque nunca me creí filósofo. Si en verdad ésa hubiera sido la preocupación de mi vida, lo primero de que tendría que haber hecho abandono es del señorío intuitivo y lírico de mis medios de expresión. Sin duda he aprendido a pensar cosas y seres y sacar de esa faena intelectual conclusiones que por momentos resultan filosóficas. Pero en mí la razón pensante —o discursidora— más que enfren-

tarse problemáticamente con lo que me hostiga o exige indagación es una especie de vuelta del revés de mi propio ser bajo el afán pasional de dar conmigo en las vivientes realidades psicológicas, éticas, antropológicas y espirituales. Tengo anhelos entrañables de mí mismo: buscar las vetas recónditas de la autenticidad de mi criatura humana. Siento, bajo esa compleja urgencia —lo sentí conflictivamente en toda hora crucial de mi destino— que mi personalidad, la que quiero con vehemencia rehumanizante y espiritualizante —no es en mí algo hecho y logrado para siempre, sino más bien una hermosa y atormentada confluencia de energías creadoras que avanzan con intrepidez dentro de mí y exigen vida concreta y viviente en lo que hago.

Para comprendérseme bien, lo primero que no hay que perder de vista es el movimiento, psicológico y metafísico, de mi introversión intuitiva. En muchos sentidos, aunque soy hombre de libros y de lúcida intelectualidad, no entro en clasificaciones de ninguna especie. Tengo mis “ismos”, mis inclinaciones estéticas, sociológicas, éticas y religiosas, pero ante todo concentro mis vivencias vitales y anímicas en ese fenómeno que tiene una palabra riesgosa: “pensarse”. A estos respectos, aunque sin más método que el que emerge de mis osadías intuitivas, avanzo confiado en lo que inspiradamente brota desde las entrañas. Así, no sólo “me pienso” con reiterado ahinco, sino que me desparramo en chorros vivenciales e intuitivos del tumulto interior, del “hombre que va conmigo”, como dijera Machado, y todo para entregarme con cierta alborozada tempestad de los institutos y el alma a la prosa o al verso que han de hablar por mí.

Tengo inagotables experiencias vividas, terribles vicisitudes, fracasos, frustraciones y desencuentros. En su conjunto es una quemante alienación que me lanza de un extremo a otro de mi propia conciencia, pero viéndome vivir, pensándome en cuanto se frustra o triunfa en mi corazón.

En estas confesiones, me parece que surge claro que cuanto logré como realización estética o filosófica nunca surgió de planificaciones previas. No necesito, debido a todo lo expuesto, trazar caminos que debo transitar. Mis caminos se hacen mientras los ando, ignoro si porque “no hay caminos, se hace camino al andar”,

como nos enseñan los famosos versos del ya nombrado Machado, o porque mi inspiración, asaz intrépida y osada, se construye sus propios derroteros.

Pero hay algo constatable y fehaciente: que ese *yo-mismo* que se repite atrevidamente en mis escritos es, como el propio Cosmos, de esencia evolutiva. Amo ardientemente la vida, pero en ese amor flamea la clarividencia de un Dios Cósmico que crea creándose evolutivamente. Así, mi existir está fuertemente enraizado a una conciencia conjunta de lo humano-divino. Un amor del hombre que va de la interioridad intuitiva y amorosa de mi propio sentirme vivo en la vida creadora hasta la universalidad en que viven y se desenvuelven todos los seres de la tierra. En suma: lo Sagrado que cambia incesantemente de lenguajes pero que encarna y está en la vida.

Abril de 1975